



LA DIÁSPORA DE LOS VISIGODOS

Albert Vicent Ribera i Lacomba

ICAC

Encontramos la primera mención a los visigodos probablemente en el historiador Tácito, a fines del siglo I dC, cuando habla del pueblo germánico de los «*Gothones*». Ptolomeo, en el siglo II dC, los sitúa en el litoral báltico de Polonia. Según el historiador godo Jordanes, más tarde, del siglo VI, sus orígenes estarían en la isla de Scandza (Escandinavia) desde donde habrían emigrado hacia el sur. Pero esta noticia entraría en el campo de la leyenda, aunque hoy existe la isla de Gotland, en el mar Báltico, entre Suecia y Letonia.

La arqueología del norte de Polonia ha identificado a la cultura de Willenberg-Wielbark en esta zona y en este periodo, y cabe la posibilidad que corresponda a los primeros godos. Hacia el siglo II dC emigraron al sudeste hasta alcanzar Ucrania, desde donde entraron en con-

tacto con las fronteras del Imperio romano en la Dacia (Transilvania) y el Bajo Danubio.

Su existencia y su belicosa presencia se hicieron más que evidentes a partir de mediados del siglo III dC, cuando realizaron numerosas, masivas y violentas incursiones de saqueo en Dacia, los Balcanes y Asia Menor. En unas de ellas, en el 251, derrotaron y mataron al emperador Decio, en Atrato (Bulgaria). Fue la primera vez que un emperador romano fallecía en el campo de batalla a manos de los bárbaros, pero no sería la última a manos de los godos. Sus terribles correrías continuaron a partir de entonces hasta que, en el 269, el emperador Claudio II los derrotó de tal manera en *Naissus* (Nish, Serbia) que fue apodado «el Gótico», dando cumplida venganza a la muerte de su predecesor.

Estos conocidos ataques y combates del siglo III fueron grandes incursiones de saqueo para conseguir botín y esclavos, y no significaron ningún traslado de población desde sus bases en la llanura ucraniana.

<1 *Solidus* del emperador Valente acuñado en Tesalónica, alrededor del 364-367 dC.



Joseph Noël Sylvestre. *El saqueo de Roma en 410 por los vándalos*, 1890. Óleo sobre lienzo, 197 x 130 cm. © Musée Paul Valéry.

Visigodos y ostrogodos cristianizados

Las fuentes históricas de los siglos III y IV dC ya diferenciaron dos grupos entre los godos, los greutungos, instalados más hacia el este, y los tervingios al oeste o, lo que es lo mismo, los ostrogodos y los visigodos. Estos últimos estaban en contacto directo con la frontera danubiana del Imperio y seguramente ocuparían parte de la antigua provincia de la Dacia, la actual Transilvania, abandonada por el emperador Aureliano hacia el 270. En Rumanía, Moldavia y Ucrania se extendió la llamada cultura Cherniajov o Santana de Mures, que podría corresponder a los godos del siglo IV.

El estado de guerra con los romanos después del desastre de *Naissus* continuó intermitentemente, aunque los godos fueron contundentemente derrotados de nuevo por el emperador Constantino que, curiosamente, había nacido en *Naissus*.

Pero a lo largo del siglo IV no todos los contactos fueron violentos, como demuestra la evangelización que concluyó con su conversión al cristianismo de la mano del obispo godo Ulfilas (341-348). Como este importante suceso tuvo lugar durante el reinado de Constancio II, que impuso el credo arriano en el imperio, los godos adoptaron y asumieron con firmeza esta variante cristiana, que fue considerada herética varios años después y prácticamente desapareció del panorama religioso romano. Pero los godos, y otros pueblos bárbaros que la habían adoptado, como los vándalos, se mantuvieron en ella y se convirtió en una especie de rasgo de identidad de la nación goda frente a los romanos.

En esta coyuntura, a mediados del siglo IV, se consolidó un amplio y poderoso estado godo en Ucrania, regido por el ostrogodo Hermanarico. Sin embargo, tuvo corta vida debido a la repentina aparición de los hunos desde la estepa asiática, que sometieron a los ostrogodos durante un siglo y provocaron la migración de los visigodos/tervingios hacia el sudoeste, hacia el Imperio romano.

Los visigodos/tervingios entran en el Imperio romano: paz y guerra. *Adrianopolis*.

Al llegar a la frontera danubiana, ahora como todo un pueblo en movimiento huyendo de feroces enemigos, los líderes visigodos solicitaron a las autoridades romanas entrar en el territorio imperial para instalarse pacíficamente donde se les asignase, que fue la misma provincia por donde habían entrado, la *Moesia Secunda*, en el norte de la actual Bulgaria, a orillas del Danubio. Este traslado pactado y pacífico del pueblo visigodo tuvo lugar en el 375.

Pero una vez allí, la situación fue empeorando desde el principio, debido a que las autoridades romanas sometieron a privaciones a esta masa de emigrantes a los que regatearon los suministros y los llevaron a la hambruna, tal como narran los mismos historiadores romanos. Esta conducta de auténtica extorsión, llevada a cabo por iniciativa propia de algunos altos funcionarios corruptos, provocó la sublevación general de los nuevos asentados.

La derrota de las tropas romanas locales y la llegada de nuevos contingentes bárbaros de más allá del Danubio provocaron la intervención directa del emperador Valente, que se encontraba luchando en la frontera persa. Al frente de la elite del ejército de Oriente, en



Francisco de Vogue. *Eurico, rey visigodo (420-484)*, 1750.
Piedra caliza, 285 x 120 x 110 cm. Plaza de Oriente, Madrid.
© Foto: Antonello Dellanotte



el año 378 Valente fue derrotado y muerto en la célebre batalla de *Adrianopolis*, en Tracia, cerca de la misma Constantinopla. Esta gran derrota, para muchos, marcó el inicio del fin del poder militar romano.

La posterior llegada del emperador de Occidente, Graciano, con otro ejército, permitió controlar algo la situación y se llegó a un tratado de paz en el 382, gracias al cual los visigodos se instalaron en *Moesia Secunda*. A cambio tenían que suministrar tropas al debilitado ejército romano de Oriente, ahora regido por el hispano Teodosio, designado emperador por Graciano.

Una década después hubo ocasión y necesidad de esas tropas godas para luchar contra un usurpador en Occidente. En la batalla decisiva, la del Frígido, en el 394, los godos del ejército oriental, situados por Teodosio en primera línea, llevaron el peso de la lucha y sufrieron gran número de bajas, unas diez mil, lo que provocó bastante resentimiento en los supervivientes, entre los que se encontraba Alarico.

Un pueblo de nuevo en marcha

Al año siguiente, 395, falleció Teodosio como único emperador y el Imperio se volvió a dividir en dos partes, ahora definitivamente, entre sus dos hijos, la oriental para Arcadio y la occidental para Honorio.

Muy resentidos por la masacre del Frígido y dirigidos por Alarico, los visigodos se rebelaron y reclamaron mejores tierras, y empezó un largo trayecto que en el transcurso de un siglo los llevaría a instalarse definitivamente en Hispania.

<| Migración de los visigodos. Ilustración: Espirelius

Primero pasaron varios años por los Balcanes y Grecia, saqueando y luchando, no siempre con éxito, por la acción del general romano Estilicón. Algunas veces pactaban, ora con el Imperio de Oriente, que fue el primer afectado por sus razias, ora con el de Occidente, sirviendo a los intereses de un imperio contra el otro. Finalmente, el Imperio de Oriente se libró de ellos facilitando su traslado a Occidente. En el 401 llegaron al norte de Italia, siempre luchando y saqueando para sobrevivir.

Su llegada a Italia se produjo en un momento muy delicado para el Imperio, abrumado, además, por las invasiones de suevos, vándalos y alanos en la Galia e Hispania, de los ostrogodos de Radagaiso en Italia y las usurpaciones de Constantino y Geroncio en Britania e Hispania.

El saqueo de Roma, en 410, el preludio al fin de un mundo.

Desde inicios del siglo IV, Roma ya no era la capital real del Imperio. Los emperadores, a partir de Constantino, habían trasladado su residencia a Milán, mejor conectada, y, después, a Ravena, mejor protegida. Además, la creación de una nueva Roma en Oriente, Constantinopla, supuso otra merma en su categoría. A partir de este momento el valor de la Ciudad Eterna fue más simbólico que real, pero muy simbólico.

Siempre guiados por Alarico, al principio (402-403) fueron derrotados de nuevo por el general Estilicón, que fue recompensado con su asesinato (408) por órdenes del insensato emperador Honorio. A partir de este momento, los visigodos camparon sin control por la península itálica

y asediaron varias veces Ravena y Roma. Finalmente, con cierta complicidad desde dentro, entraron en Roma en agosto del 410 y la saquearon durante varios días.

Este trágico episodio impactó psicológicamente en todo el mundo conocido. Los cristianos lo vieron como el preludio del fin del mundo y un castigo por los pecados cometidos. Los paganos, por el contrario, lo vieron de una manera diferente, un castigo por el abandono de los dioses tradicionales.

El botín fue inmenso y entre los prisioneros estaba Galla Placidia, hija de Teodosio y hermana del inepto emperador Honorio, encerrado en Ravena.

La migración del pueblo visigodo continuó hacia el sur con la idea de pasar a la provincia de África, la actual Túnez, una de las provincias más ricas del Imperio. Pero Alarico murió de malaria cerca de Cosenza, en Calabria, y el nuevo rey, su cuñado Ataulfo, cambió de idea y se volvieron a dirigir hacia el norte. Se cuenta que Alarico fue enterrado en una gran tumba repleta de los tesoros que habían saqueado y que, para que no fuera expoliada, desviaron el río Busento para que la cubriera.

Desde Italia el pueblo visigodo llegó al sur de Francia donde se instalaron violenta y temporalmente en el 412. En el 415 ocuparon Barcelona donde crearon una especie de corte real y Ataulfo se desposó con Galla Placidia. Tras el asonido de Ataulfo, los visigodos, regidos por su hermano Walia, hicieron un nuevo pacto en el 416, por el que devolvieron a la viuda de Ataulfo, Galla Placidia; abandonaron el nordeste de Hispania; se instalaron controladamente en Aquitania, en el sudoeste de Francia, alrededor de Tolosa, y se comprometieron a luchar contra los enemigos del Imperio.

El reino de Tolosa

Este nuevo pacto tuvo efectos más duraderos y permitió a los visigodos disponer de una base territorial estable y durante casi un siglo tuvo paz con el Imperio la mayor parte del tiempo. Sin embargo, la política respecto a Roma siempre había sido bipolar. Por un lado, había una facción proclive a entenderse con el Imperio y a convertirse en federados (aliados), que predominaba cuando Roma aún era fuerte. Por otra, había otro grupo claramente antirromano, que aumentó su poder según se acentuaba la decadencia imperial. Ambas tendencias se solían turnar en el poder, a veces violentamente.

A consecuencia del tratado, los visigodos se convirtieron en el brazo armado de Roma en Hispania, donde derrotaron y redujeron el reino de los suevos a Galicia y expulsaron a los vándalos, que pasaron a África, mientras la *Tarraconensis* permanecía en poder del Imperio. Siempre al servicio de Roma, su participación fue decisiva en la derrota de Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos, en el 451, que hay que considerar tanto una victoria visigoda como romana. Allí murió su rey Teodorico. Curiosamente, en este encuentro bélico los ostrogodos lucharon al lado de los hunos. Poco después, en el 453, murió Atila y el peligro huno desapareció tan repentinamente como había aparecido y los ostrogodos se libraron de su yugo y se instalaron en la antigua provincia de Panonia (Hungría), desde donde se trasladaron a Italia a finales del siglo v.

La paulatina decadencia del Imperio de Occidente fue aprovechada por los visigodos para aumentar su territorio sin que hubiera mayores desplazamientos de su población. Incluso llegaron a imponer un candidato

suyo como emperador, Avito, si bien efímeramente, entre 455-456. Especialmente expansivo, y antirromano, fue el reinado de Eurico (466-484), que llevó sus fronteras al Loira y al Ródano, ocupó la *Tarraconensis* y tuteló buena parte de la península ibérica que, a excepción del reino suevo de Galicia, se había convertido en un territorio atomizado y autónomo, más o menos regido por las antiguas elites romanas. En estos momentos se produciría la primera pero aun minoritaria emigración de visigodos a Hispania.

La gran, y última, emigración visigoda a Hispania

Esta misma expansión por la Galia tropezó con la de los francos, que se habían hecho con el control del norte y el este de Francia. El conflicto acabó siendo inevitable y terminó en el 507 con la derrota y muerte del rey Alarico II, hijo de Eurico, en la batalla de Vouillé.

Este desastre supuso la salida rápida del pueblo godo del sur de la Galia y su traslado a Hispania. La catástrofe para los visigodos hubiera sido aun mayor sino fuera por la intervención a su favor del rey ostrogodo Teodorico, que envió tropas para ayudar a sus «primos» visigodos y, sobre todo, para defender los derechos de su nieto, aun menor de edad, Amalarico, hijo de Alarico II. Este intermedio ostrogodo, que supuso la incorporación de nuevos contingentes godos desde Italia, permitió con-

servar parte de las posesiones en la Galia, la Septimania (el Languedoc) y facilitó a la mayor parte del pueblo visigodo su traslado a la península ibérica. Algunos de estos nobles ostrogodos, Teudis y Teudiselo, llegaron a ser reyes. El núcleo principal de la población goda se instaló en la meseta norte y en los alrededores de Toledo.

Durante la primera mitad del siglo VI los visigodos, unos doscientos mil, frente a unos seis millones de hispanos, se fueron instalando en la mayor parte de la Península, sobre todo en las antiguas provincias *Tarraconensis* y *Carthaginensis*. Pero en buena parte del territorio su presencia directa se redujo a las guarniciones de las zonas fronterizas y de las principales ciudades, como *Emerita*, *Barcino*, *Valentia*, *Caesaraugusta*, *Hispalis* y otras pocas más, que jalonaban las principales vías de comunicación. La distribución de los obispados arrianos da una buena idea de este control territorial.

Hasta la conversión al catolicismo, en el 589, la sociedad estuvo muy separada por la barrera religiosa, pero también por la prohibición de matrimonios mixtos y la segregación real, en la práctica, de la población hispana.

Los visigodos, pues, se instalaron como una elite demográficamente minoritaria pero dominante, que monopolizó los resortes políticos aunque compartió los económicos con la antigua jerarquía católica y los restos de la nobleza latifundista romana.